

mantuvieron fieles y adictas á todos los emperadores iconoclastas, en el primer ímpetu se dejaron arrastrar por la excitación general y proclamaron un nuevo emperador llamado Cosme. Esto sucedió para mayor desgracia cuando los árabes volvieron á sus ataques contra el imperio y llegaron hasta Nicea conducidos por Moaviyah en 726 y 727, según dijimos mas arriba. Los sublevados griegos con su pretendiente, guiados por los generales sublevados Agalios y Stefanos, se dirigieron con la escuadra, pronunciada también, á la capital; pero allí los recibió el emperador con tal energía, sirviéndose, sin consideración del terrible fuego griego, que quedaron completamente destruidos á la vista de la ciudad el 18 de abril de 727. El pretendiente Cosme y el general Stefanos fueron hechos prisioneros y decapitados por orden de Leon, el cual se limitó á estos castigos, pero en cambio dió otro paso mas en la cuestion de reforma eclesiástica. Por un nuevo decreto publicado en 728 mandó quitar de todas las iglesias y lugares de devoción todas las imágenes de Cristo, de la Virgen, de los santos y mártires, y cubrir con pintura ó blanquear con cal las que no pudieran removerse. Para autorizar mejor este decreto lo hizo aprobar previamente por una asamblea compuesta del senado y de las primeras dignidades del imperio y de la iglesia. Solamente se negó á sancionarlo el patriarca de Constantinopla, Germanos, anciano monagenero que ocupaba la silla metropolitana desde el año 715; pero su ejemplo dió pábulo á la resistencia; y la lucha entre iconoclastas é iconófilos en que se dividió todo el imperio, tomó en poquísimos tiempos un carácter gravísimo, amalgamándose y confundiéndose con todas las demás divergencias interiores, odios é intereses materiales, personales, religiosos y políticos durante tres generaciones. Desde el primer instante la oposicion adquirió una fuerza tan amenazadora, tan persistente y tenaz, que para atacarla de frente fueron necesarios todo el valor, toda la perseverancia y energía admirables de aquel emperador y de los demás partidarios y defensores de la reforma, la cual con todo eso al cabo fué vencida y hubo de ceder el campo.

De parte del emperador estaban los jefes de la fuerza armada con pocas excepciones; la mayoría de los funcionarios públicos y de las personas ilustradas y una parte del clero, en una palabra las clases mas distinguidas. El partido contrario en cambio contaba con el pueblo en masa, tenaz y acérrimo defensor del culto de las imágenes, mas accesible á su comprension que las controversias confesionales y las dogmáticas por las cuales sin embargo se habia entusiasmado hasta el fanatismo. Si en siglos anteriores se habia alterado y producido graves desórdenes por cuestiones como la de la relacion entre Dios Hijo y Dios Padre, y la de las distintas naturalezas en la persona del Salvador ¿cuánto mas no habia de apasionarse por la conservacion de las imágenes visibles y á su entender milagrosas de los santos? También eran del mismo partido iconódulo todas las mujeres, desde la mas pobre hasta la mas encumbrada y en ocasiones hasta la misma esposa y las hermanas del emperador. A estos dos elementos tan fuertes y poderosos se agregaban el clero conventual con los doctos profesores del instituto central de enseñanza de Constantinopla, y además los muchos monjes que se veian amenazados en el ejercicio material de su ocupacion, principalmente los que eran pintores, y con ellos una parte considerable del clero secular. Por otro lado reforzaron la oposicion el papa Gregorio II, que atacó la doctrina iconoclasta en Italia con pastorales y cartas, y los rudos golpes que asestó al partido de la reforma un fogoso monje siríaco, Juan Crisorroas, que habia nacido por el año 700 en Damasco donde su padre y abuelo habian ocupado en la corte de los califas elevados puestos, y donde él mismo habia sido durante algun tiempo

tesorero del gobierno. Era este monje varon doctísimo y gran teólogo en aquellos tiempos y habia contribuido muchísimo á fijar la doctrina dogmática y moral de la iglesia de Oriente, y que como filósofo se sirvió del método formal según los principios dialécticos de Aristóteles. Entró en el convento de Saba cerca de Jerusalem en el año 730 y allí continuó hasta su muerte que ocurrió en el año 760. Este hombre escribió antes de entrar en el convento unos célebres. «Discursos en favor de las imágenes» en lenguaje popular y abundantes en argumentos sencillos y eclesiásticos en pro del culto prohibido. Estos discursos fueron recibidos por todos los iconódulos con entusiasmo y contribuyeron poderosamente á asegurar á este partido la victoria final.

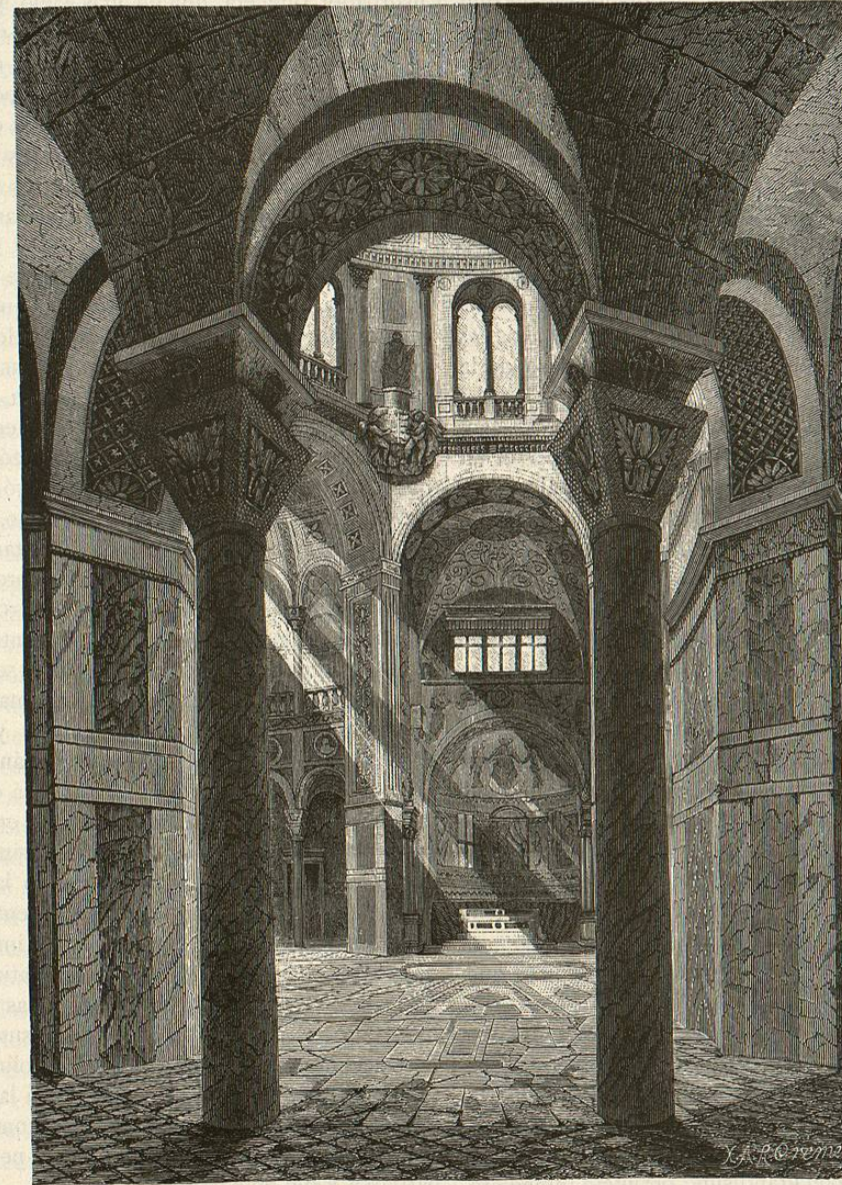
En semejante estado de cosas era inevitable que la lucha tomara muy pronto un carácter en extremo odioso. No se limitó la oposicion á la resistencia pasiva; al contrario, prescindiendo de Italia, de cuyos sucesos hablaremos mas adelante, en muchos puntos del imperio se acudió á la fuerza material para impedir la ejecucion de los decretos del emperador, y no pocas veces los defensores de las imágenes tomaron la ofensiva contra los funcionarios del gobierno. Entonces se hicieron prisiones, se aplicaron castigos; el poder usó de todos los medios brutales de que disponia y hubo naturalmente martirios y mártires de todas clases.

Si hubo despues verdadera persecucion de parte de los gobiernos de los iconódulos triunfantes, es cosa que no puede hoy averiguarse, excepto por lo tocante á cierto período del reinado de Constantino V; porque como los historiadores que han dejado descritos estos sucesos pertenecian al partido vencedor ó iconódulo, no se sabe hasta dónde han desfigurado la verdad. Lo que sin embargo toda la historia del imperio nos enseña acerca del carácter bizantino, y del de los pueblos de la Edad media en general, es que entonces todos los conflictos en que intervenian el fanatismo, la religion y la supersticion concluian con extraordinaria facilidad en persecuciones. Sin temor de errar puede suponerse como cierto, á juzgar por lo que precede y por lo que se sabe en especial de todas las contiendas eclesiásticas propiamente bizantinas, que los partidarios mas prudentes y mas enérgicos de la reforma, y tambien los encargados de su ejecucion, á medida que se prolongaba y se envenenaba la lucha, debieron de perder su moderacion y serenidad, y adoptar el partido extremo mas opuesto al de los amigos de las imágenes concluyendo por execrarlas tanto como los partidarios mas fanáticos del Coran; odio que muchos probablemente extendieron al fin á las producciones del arte mas puras y mas elevadas, coadyuvando á la destruccion no solamente de obras en que se habia fijado la supersticion, sino tambien de aquellas que excitaban y contribuyen á la meditacion de las almas mas elevadas.

Los artistas bizantinos pasaron en efecto una época muy mala y bastante larga; pero ni su clamoreo ni la violenta colision de una gran parte de los hombres de letras y doctos con el gobierno detuvieron al emperador Leon que contaba con el apoyo de las dignidades del clero, en la prosecucion de su reforma. El anciano patriarca Germanos, que fué el único de los príncipes de la iglesia de Oriente que con inquebrantable constancia se negó á cumplir los decretos del emperador, tuvo que retirarse á principios del año 730 con el asentimiento del senado, reemplazándole en su alto cargo el canciller del imperio Anastasio que no tardó en publicar los decretos imperiales como obligatorios para la iglesia, y haciendo todo lo posible para su exacto cumplimiento. Por desgracia para el emperador el influyente colegio superior de instruccion de la capital, donde enseñaban los hombres mas doctos y de mas autoridad científica, se puso decididamente

del lado de los iconódulos. En vista de esta oposicion el emperador tomó pronto su partido y aplicó el remedio heroico de disolver el cuerpo docente de este y otros colegios rebeldes, y suprimir en su consecuencia con las plazas los sueldos. Quedaban los conventos, dentro de cuyo recinto vivian casi todos los hombres doctos de aquel tiempo, y á donde se acogieron de nuevo los profesores que habian salido temporalmente de él para ocupar cátedras en los institutos de enseñanza. Todos estos eran defensores del culto de las

imágenes al estilo del monje Juan de Damasco de que hablamos antes, y su oposicion puso al emperador en el grave conflicto de no encontrar personal suficiente y capaz entre los laicos y clero secular para sostener en buen pie los establecimientos de enseñanza superior. La lucha sin embargo entre el clero monacal y el gobierno no llegó á su mayor exacerbacion sino en el reinado del sucesor de Leon III, mientras en tiempo de este se efectuó el rompimiento con los italianos y la sede romana.



Interior de San Vitale de Rávena

Ya hemos dicho que la tormenta provocada por los decretos del emperador contra las imágenes, en algunas partes de la Italia sometida al imperio bizantino, habia sido aprovechada por Luitprando, el inteligente rey de los longobardos, para extenderse notablemente por el centro de la península, con tanta mayor facilidad cuanto que él y su pueblo se habian ido aproximando á la civilizacion italiana, adoptando la lengua del país, es decir la latina, y la religion cristiana. Ya en 636 y 652, el rey Rotario se habia apoderado de Génova y de todo el territorio ligurio; pero desde entonces el poder bizantino habia evitado nuevos desbordamientos de los bárbaros hasta que los decretos de Leon III provocaron pri-

meramente el descontento y luego desórdenes en las provincias sometidas al imperio de Oriente. Apoyó hábilmente el rey católico Luitprando la oposicion y finalmente aprovechó un motin en Rávena para apoderarse de esta plaza importante, capital política de la Italia bizantina, en el año 728. Este aumento considerable del poder de los longobardos atemorizó al papa Gregorio II, que ocupaba el trono pontificio desde 715. Gregorio II hasta entonces habia excomulgado á los funcionarios griegos que querian dar cumplimiento á los decretos iconoclastas; pero ante el peligro de los longobardos prefirió apoyar al gobierno bizantino y excitó á Urso, dux de Venecia, á unir sus fuerzas á las de Eutiquio, teniente gene-



ral (exarca) del emperador, el cual con este refuerzo pudo derrotar á los bárbaros y arrancarles otra vez á Rávena en el año 729. Esta inteligencia entre Roma y Constantinopla fué solo una tregua; y con la dimision forzosa del patriarca Germanos volvió la tirantez entre el papado y el gobierno imperial. Murió Gregorio II á principios de febrero del año 731 y sucedióle en 18 de marzo del mismo año Gregorio III, el cual en un concilio provincial convocado en Roma, en noviembre de 732, declaró traidor á la fe y enemigo de la Iglesia á todo el que se opusiera al culto de las imágenes, es decir, que declaró fuera de la Iglesia á los iconoclastas.

A este reto contestó Leon III con una demostracion militar; y como no obtuviera resultado, dió el paso memorable cuya trascendencia no han podido borrar ningun esfuerzo ni una larga serie de siglos, de declarar la separacion de Roma, y proclamar la independencia de la iglesia bizantina, poniendo bajo la jurisdiccion del patriarca de Constantinopla todo el clero y los asuntos eclesiásticos de la Italia meridional y de Sicilia, cuyos habitantes al contrario de los de la Italia central y de Venecia, eran completamente adictos al gobierno bizantino. Lo mismo decretó respecto de todas las provincias de la península balcánica, que dependian de la silla metropolitana de Salónica é igualmente respecto de las iglesias de la isla de Creta. Esta fué la primera grande escena de la guerra religiosa y secular entre los poderes de las orillas del Tíber y los del Cuerno de Oro, entre los emperadores bizantinos y los papas. En cambio no tardó en desaparecer el último vestigio del poder bizantino en la Italia central y muy particularmente en Roma.

Cuando Leon III murió en 18 de junio de 741 á la edad de 66 años, dejó el imperio á consecuencia de su política eclesiástica en una situacion muy difícil, pero en general favorable al gobierno en la cuestion de las imágenes. Su hijo y sucesor Constantino V mostró á los bizantinos en formas mas groseras y exageradas las virtudes y los defectos de su padre.

Los historiadores que escribieron despues, como enemigos de los iconoclastas han perseguido á este emperador con odio profundo y le dieron el mote de *Copronimo*, con el cual todavia se le distingue en los compendios de historia (1).

Es indudable que este emperador persiguió mas militar y brutalmente que su padre á los refractarios, sobre todo á los monjes, teólogos y doctos, y en general á toda institucion monacal como ciudadela y centro del culto de las imágenes, segun era patente. Se comprende tambien sin dificultad que en tiempos de sobrecitacion fanática debieron de ocurrir escenas lamentables en las colisiones frecuentes entre los partidarios de las imágenes y los funcionarios mas celosos del gobierno, escenas que dieron lugar á la supresion de muchos conventos, á la destruccion de otros, cuyos monjes se retiraron á sitios solitarios, y á la pérdida y extravío de muchos tesoros literarios con grandísimo perjuicio inmediato de la enseñanza y de los estudios superiores.

Pero á pesar de estos excesos, Constantino V no era el tirano feroz que nos pintan los historiadores iconófilos. Al principio quiso como su padre conseguir su objeto sin emplear la fuerza bruta, y solo acudió á este medio cuando la rebelion armada le obligó á ello. En el mismo año de su subida al trono, en 741, siendo jóven de 22 años, marchó personalmente á la cabeza de su ejército contra los árabes que habian invadido el distrito militar de Opsicón, que comprendia cantones bitinios, misios y frigios, teniendo por capital á Nicea. Su cuñado Artavasdes, noble armenio, á quien Leon III habia nombrado curapalates, ó sea inspector de los palacios impe-

(1) Se dice que cuando le llevaron á bautizar siendo niño, ensució la pila del bautismo, y de ahí el mote. (N. del T.)

riales, dándole tambien su hija Ana por esposa, mandaba á la sazón la guardia imperial, y aprovechó la partida del jóven emperador para caer sobre él de improviso con su guardia durante la marcha á fin de proclamarse emperador en su lugar; cosa tramada probablemente desde larga fecha en connivencia con el partido iconódulo. Constantino fué efectivamente derrotado; pero pudo huir á Amorion, mientras Artavasdes le declaraba destronado y se hacia proclamar emperador. Con esto encendiése una nueva guerra civil. Constantino, aprovechado discípulo de su padre, y superior en talento y pericia militar, no obstante sus pocos años, al usurpador que era mucho mas viejo, y á sus hijos, quedó vencedor en dos grandes batallas cerca de Sardes y Madrina, al Este de Sangarios, y despues en otra cerca de Nicomedia. Pasó en seguida á la capital; la tomó por asalto en 2 de noviembre del mismo año 743; y segun la costumbre bizantina, mandó privar de la vista al usurpador y á sus hijos, y dexterarlos á un convento. Los partidarios principales de Artavasdes, entre ellos el arzobispo de Gangra, fueron decapitados.

La caída de Artavasdes fué un golpe rudo para el partido iconódulo, que volvió á la situacion que habia tenido en el reinado de Leon III, con la diferencia de que Constantino V, ocupado durante una serie de años en asuntos extranjeros, en su mayor parte guerras, no pudo hasta el año 754, que fué cuando llegó al colmo de su poder, dedicarse seriamente á la cuestion eclesiástica. En 754 convocó un concilio general que se reunió el 10 de febrero y celebró sus sesiones bajo la presidencia del metropolitano Teodosio, hijo del emperador Tiberio III, y en presencia de Constantino, en el palacio Hieron en la orilla asiática del Bósforo en frente de Constantinopla. En este concilio no estuvieron representadas ni Roma, ni Alejandría, ni Jerusalem ni Antioquía. Los 338 prelados reunidos del imperio bizantino se pusieron decididamente del lado del emperador, y tomaron en este sentido una serie de resoluciones extremadas y violentas, que exacerbaron de un modo lamentable los ánimos, ya tan enardecidos. No se limitaron aquellos padres á condenar el culto de las imágenes como idólatra, y prohibir en las iglesias y casas particulares los cuadros y estatuas, sino que prohibieron hasta los crucifijos, así como tambien la ejecucion de tales obras de arte, amenazando á los contraventores con el anatema de la Iglesia y con las penas que les impusieran los tribunales civiles. Desde luego fué anatematizado el monje Juan de Damasco, el batallador literario mas temible del partido iconódulo. Para evitar sin embargo sustracciones, robos y destruccion en la ejecucion de las resoluciones del concilio, se acordó tambien que para despojar á las iglesias existentes de sus tesoros artísticos, condenados como objetos de idolatría, fuese indispensable una orden ó permiso expresos del patriarca y del emperador.

El cumplimiento de estos decretos durísimos tropezó con grandes dificultades y dió á los últimos 20 años del reinado de Constantino V el carácter tétrico que le ha conservado la historia. Las protestas de Roma y de las grandes ciudades de Oriente que ya no formaban parte del imperio, fomentaron la resistencia de los monjes artistas, de las mujeres devotas y de las masas, principalmente de la península balcánica; resistencia que á menudo se hizo agresiva, y obligó al emperador, ya por sí mas ardiente y fogoso que su padre, á dictar sentencias sangrientas, que á su vez dieron nuevo pábulo al furor de los partidarios del culto prohibido.

Con las sectas mostróse Constantino muy tolerante, particularmente con los monofisitas y paulicianos. Esta última secta gnóstica en la cual se habian fundido al parecer algunos residuos maniqueos, se habia formado á mediados del

siglo VII en Siria y Armenia, y tomaba por norma principal los escritos de San Pablo y la parte puramente moral del cristianismo rechazando todas las ceremonias, costumbres y actos religiosos exteriores, particularmente los ayunos, la institucion monacal, el culto de los santos, de las imágenes y de las reliquias. El bautizo y la comunión eran para esta secta solo actos espirituales. Estos paulicianos habian sido perseguidos diferentes veces desde Constante II por los gobiernos bizantinos; pero en la lucha contra los iconódulos, los emperadores iconoclastas los consideraron como auxiliares valiosos y les dispensaron su proteccion, con lo cual ganaron en el Asia Menor muchos nuevos partidarios. Eran gente tan laboriosa y pacífica en la paz, como arrojada y valiente en la guerra; pero el apoyo que prestaron á la causa iconoclasta les costó muy caro cuando el partido iconódulo salió al fin vencedor y se vengó cruelmente.

La contienda entre iconoclastas é iconódulos alcanzó su mas alto punto de exacerbacion con algunas nuevas disposiciones contra el culto de las imágenes y reliquias, que irritaron principalmente á la clase monacal y alentaron á muchos funcionarios elevados á tramar una conspiracion temible. En esta conspiracion entró el mismo patriarca Constantino; pero fué descubierta á tiempo. Los comprometidos fueron castigados con rigor; dos fueron decapitados, y el patriarca lo fué tambien despues de haber sido conducido montado en un asno al hipódromo sufriendo la mofa y las insolencias del populacho en el tránsito y en el sitio de la ejecucion. En su puesto fué colocado un prelado de origen eslavo, llamado Nicetas. Apartado este peligro, se procedió contra los conventos rebeldes del modo que ya hemos dicho antes, dando lugar á escenas repugnantes y sangrientas de que los historiadores iconódulos hicieron despues responsable al emperador, cuyos grandes méritos como gobernante y general han quedado por esto completamente olvidados. Hoy se sabe que aparte de sus debilidades y vicios, de su crueldad y rudeza militar, de que le acusan sus enemigos, puede figurar entre los emperadores mas notables por su vigor, sagacidad y penetracion política, su pericia militar y su energía indomable. En todos estos conceptos llevó á cabo las obras empezadas por su padre; volvió á restituir al imperio aquella brillante é imponente aureola que tuvo á raya á sus enemigos mas incorregibles, y le prestó fuerza suficiente para salir poco menos que ileso de los peligros que en los reinados inmediatos le dieron bastante que hacer. Los enemigos que mas tuvieron que sentir los formidables golpes de Constantino V fueron los árabes y los pueblos búlgaro-eslavos establecidos en la orilla derecha del Danubio.

El imperio de los califas, en el primer decenio del reinado de Constantino, se hallaba destrozado por las luchas feroces interiores que precedieron al destronamiento de la dinastía omniada y á la victoria final de la abasida en el año 750. Constantino aprovechó este período con el mejor resultado para asegurar la antigua frontera oriental del Asia Menor; recuperó á Germanicea y Doliche; trasladó la poblacion cristiana de Comagene y Melitene, entre la cual habia muchos paulicianos, á Tracia en el año 746; y cuando una gran escuadra que salió del puerto de Alejandría intentó atacar la isla de Chipre que Leon III habia recuperado, fué casi completamente aniquilada en el puerto de Ceramia. La entronizacion de la nueva dinastía árabe abasida, tan sanguinaria, vengativa y feroz, no se hizo peligrosa al imperio sino posteriormente. Habia pasado ya el primer ímpetu juvenil é irresistible de la raza árabe, aunque la nueva dinastía, tan acostumbrada á verter sangre humana, produjo toda una numerosa serie de califas enérgicos y hábiles guerreros. La separacion de la España árabe, la pérdida de las provincias

africanas desde el golfo de Túnez hasta las costas del Atlántico, y mas que todo quizá el odio indómito que alimentaba un considerable número contra los monarcas descendientes de Abas á causa del exterminio de los omniadas y de otras grandes y nobles familias, odio que estalló en diversas sublevaciones y guerras interiores, menguaron considerablemente el poder de los califas. El segundo califa abasida, Abu-Chafar-el-Mansur, que reinó desde 754 hasta 775 y fundó en 762 la ciudad de Bagdad, centro y capital suntuosa del nuevo imperio mahometano, renunció á considerar la raza árabe como la columna principal de su poder, y prefirió formarse su guardia particular y su ejército con individuos de otros pueblos convertidos al islamismo, como el persa, el berberisco y los turcos. Apagado ya el primer ardor fanático de los sectarios de Mahoma, perdieron sus huestes tambien su ventaja principal en frente de los ejércitos bizantinos, cuya disciplina é instruccion militar superior volvieron á llevar la mejor parte. Efectivamente, tan bien organizaron y ejercitaron Constantino V y su estado mayor las fuerzas bizantinas, que ni la regente Irene con sus disposiciones necias consiguió malearlas completamente. Por lo pronto las fuerzas del imperio sostuvieron su superioridad hasta el año 782, durante cuyo período la dureza é intolerancia de los califas abasidas obligó á innumerables familias cristianas á abandonar las tierras mahometanas y á trasladarse al territorio bizantino. La lucha entre las dos potencias vecinas fué tomando cada vez mas el carácter de una guerra interminable de fronteras con grandísimo perjuicio de los distritos limítrofes de ambos imperios. Algun lenitivo aunque insignificante en comparacion de los grandes males que sufrieron sus habitantes, fué el arreglo que logró Constantino V, la primera vez en 769, para un canje de prisioneros que por ambas partes se hacian en gran número en esta pequeña guerra.

Las campañas que con tan buen éxito hizo Constantino contra los últimos califas omniadas fueron interrumpidas por otro enemigo mayor é irresistible, una de aquellas epidemias espantosas que registra la historia de los últimos siglos del mundo antiguo y de la Edad media; una peste mas horrible que todas las que se habian conocido desde la de que hablan los historiadores del tiempo de Justiniano I. Esta terrible calamidad pública, despues de diezmar las poblaciones de las provincias asiáticas y africanas del imperio de los califas, fué, como sucede siempre desde los tiempos de Tucídides, llevada por buques mercantes en el año 745 al imperio bizantino, principiando por la isla de Sicilia y el Mediodía de Italia. En el año siguiente se propagó á Monembasia, famoso puerto del Peloponeso, desde donde se extendió la plaga con rapidez por todo el archipiélago y la península hasta que invadió en 749 con furor indecible la capital del imperio, que á la sazón acaso contaba un millon de habitantes.

Esta gran calamidad tuvo, además de los males que causa y lleva siempre consigo, una trascendencia extraordinaria para la constitucion é historia del actual pueblo griego, porque se supone que fué el origen de la implantacion definitiva y de la consolidacion del elemento eslavo en la poblacion helénica ó griega pura.

Las luchas interiores y las revoluciones que ocurrieron á fines del siglo VII y principios del octavo no permitieron á los emperadores oponerse á la extension y desbordamiento hácia el Mediodía de las tribus eslavas establecidas ya en el centro de la península y en el Norte. Unas y otras cedieron despues al empuje de los búlgaros, movimiento que continuó en el reinado de Leon III mientras este emperador hacia frente á las huestes árabes que amenazaban directamente la existencia del imperio. Vino despues la peste á facilitar la invasion, debilitando el elemento griego, que en la península y